

SIMPOSIO

LA FAMILIA *

I INTRODUCCION

RUBÉN VASCONCELOS ‡

En cualesquiera de las formas de la práctica clínica la familia del paciente ha tenido participación, a veces decisiva, en las acciones del médico; de hecho, con gran frecuencia el trato no es bilateral médico-paciente, sino tripartita, paciente, familia y médico.

Atenta a ello, la Academia Nacional de Medicina decidió efectuar un examen de las relaciones de la medicina con la familia, tema de extensión insospechada, lo que hizo obligada la selección de aspectos apropiados para despertar en el médico el interés por conocer más a fondo las múltiples maneras en que la familia aporta a la medicina lo mismo colaboración valiosa en la terapéutica o en la rehabilitación, que participación en la etiología, la patogenia o las complicaciones de la enfermedad, lo cual quiere decir que la familia toma parte lo mismo en la recuperación de la salud que en la génesis de la patología.

Al conocer el programa inicial, el grupo decidió algunos cambios que fueron incorporados con el deseo de hacer más claro y conciso el examen de los factores decisivos presentes en la estructura, organización y funciones de esa unidad o célula de la sociedad humana a la que tan impropriamente seguimos llamando "familia", cuando está ya tan generalizado el propó-

sito de abolir al *famulus* latino, es decir, a los siervos, a los esclavos y de procurar nuevas formas sociales más armoniosas, más libres y propicias para el desarrollo de los seres humanos.

II ENFOQUE SOCIOPSICOANALITICO:
FAMILIA, DESARROLLO Y ENFERMEDAD

JORGE DERBEZ-MURO *

Si hay algún tema que pudiera ser llamado *leit-motiv* del psicoanálisis, tal es justamente el que se refiere a la dinámica de la familia. Bien puede decirse que todo el psicoanálisis nace y se desarrolla en torno a este problema, crucial en la comprensión de la interacción inconsciente entre individuo y sociedad. En efecto, gestado en la mente de Sigmund Freud durante el decenio 1887-1897, dedicado a sus estudios sobre la histeria, el psicoanálisis nace propiamente como tal por el descubrimiento del "complejo de Edipo", al que Freud llegó en su verdaderamente heroico auto-

* Presentado en la sesión de la Academia Nacional de Medicina, celebrada el 22 de junio de 1977.

‡ Académico titular.

* Académico numerario.

análisis, al interpretar sus propios sueños durante el verano y otoño de 1897,¹ mediante la técnica de la libre asociación que había venido forjando durante sus estudios sobre la histeria.² Descubre, pues Freud su profunda dependencia con respecto a su madre y una concomitante rivalidad y ambivalencia hacia su padre y las figuras de autoridad en general, afectos verdaderamente pasionales en su caso y que, bien reprimidos en su inconsciente, constituirían el núcleo dinámico motivacional y un tanto patógeno de su propia personalidad.

Fue éste un descubrimiento crucial, punto de arranque de la "revolución psicoanalítica"³ que de un modo verdaderamente radical vino a cambiar nuestra concepción de la mente, la enfermedad y la historia misma. Vencida la resistencia de la vivenciación de su "complejo de Edipo", Freud avanza rápidamente en la elaboración de su obra fundamental, *La interpretación de los sueños*,⁴ obra en la cual presenta su visión coherente de la estructura y dinámica de los procesos inconscientes, en su interacción con los conscientes. El enfoque biográfico, personalológico de la enfermedad humana, inicialmente restringido a la histeria y las neurosis obsesivas, se extiende a continuación a prácticamente todo el campo de la medicina: nace la patología psicosomática.⁵ El enfoque psicoanalítico arroja por otra parte, una luz totalmente nueva a la comprensión de los problemas sociales y del desarrollo histórico de la humanidad: así, sus estudios *Totem y tabú* (1913), *El porvenir de una ilusión* (1927) y *El malestar en la cultura* (1930).

Dada su orientación filosófica unilateralmente "naturalista", Freud atribuyó el "complejo de Edipo" a una disposición genético-instintiva: lo primario sería, según él, la orientación de la libido pregenital, en su "etapa fálica", hacia la madre (o el padre, en el caso de las niñas), lo que traería como consecuencia la hostilidad hacia el padre y el miedo consiguiente a la revancha paterna, el "complejo de castración". Desarrollos posteriores del psicoanálisis, especialmente las concepciones socioculturalistas expuestas y elaboradas del modo más sistemático y coherente por Fromm,⁶ permiten advertir que la dinámica del "complejo de Edipo" es fundamentalmente una expresión del conflicto intergeneracional de poder: de la lucha del individuo por afirmar su personalidad ante una figura paterna devenida autoritaria y represora al imponerse el patriarcado sobre el matriarcado. Entonces, la atracción o fijación ante la figura de la madre adquiere un doble significado: constituye, en caso de triunfo sobre el padre, la máxima presea o, por lo contrario, en caso de derrota, el refugio regresivo al protector seno materno. Una lucha intergeneracional por el poder, fomentada además por la figura materna, por el

matriarcado frustrado ante el patriarcalismo represor en la mujer. De un modo o de otro, la madre busca, al enfrentar al hijo con el padre, restituir su antiguo poder o expresar su resentimiento y resultar ella la castrante del hijo. Es Yocasta, resentida porque Layo la obligó al frustrado intento del filicidio, gozando la muerte de Layo a manos de Edipo y el desposorio con su hijo; es Yocasta, quien le pide a Edipo que no averigüe más los designios del destino, que no intente ver, que no desarrolle su intelecto, so pena de sufrir el máximo castigo divino. Edipo, horrorizado al descubrir su crimen, se arranca los ojos y se convierte en figura dependiente de sus propias hijas; el matriarcado ha triunfado. "Criminal" considera Edipo el parricidio y el incesto y por ello se arranca los ojos; "criminal" por cuanto ello simboliza la fijación infantil a la madre y la imposibilidad de desarrollo del espíritu en una relación creativa con la figura paterna. No así Yocasta, quien, a punto ya de ser descubierto el oráculo, trata de consolar a Edipo cuando le dice que, en realidad, nada hay "malo" en el incesto, puesto que ello es "lo que todo hombre anhela con mayor vehemencia en el fondo de su corazón", "nada más natural que el deseo sexual por la madre". "Natural", desde luego, en el sentido de la inercia biológica, del profundo anhelo de dependencia del individuo, temeroso de asumir conscientemente su responsabilidad existencial, de aceptar su soledad y ejercer su libertad, especialmente cuando se rompe el vínculo con la figura paterna, llamada a fungir como estímulo y guía del desarrollo individual.

Destacan dentro de este enfoque las aportaciones de Fromm: basándose en los profundos estudios de Bachofen⁷ sobre "el derecho matriarcal", Fromm es capaz de discernir el valor específico de las funciones materna y paterna para el desarrollo del individuo: la función materna, al servicio del principio de supervivencia biológica; la paterna, al del principio de trascendencia.

El concepto de "carácter social" es otro de los conceptos clave que Fromm aporta para la comprensión de las relaciones entre individuo, familia y sociedad.⁸ El proceso de socialización, acaecido fundamentalmente en el seno de la familia, es básicamente un proceso de "domesticación", una sujeción del individuo mediante la introyección afectiva y prelógica al inconsciente de los prejuicios y tabúes que le obligan a conformarse a las necesidades del sistema socioeconómico imperante a través de la actuación de sentimientos de culpa inconscientes, mucho más eficaces que el látigo necesario para la sujeción de esclavos conquistados en guerra. Socializado, el individuo aplicará "gustosamente" su energía libre a los canales preestablecidos por la programación social. Aceptará así el conjunto

de normas morales y valores que no son sino la superficie ideológica del sistema dinámico y adaptativo de la organización de la energía inconsciente imperante en su grupo: el "carácter social".

Laing, el psicoanalista existencial exponente principal del movimiento contemporáneo de la "antipsiquiatría", aporta análisis fenomenológicos que permiten comprender con mayor profundidad cómo la "política de la experiencia" —es decir, la manipulación del inconsciente del individuo por el orden social establecido— se infiltra a través de la familia, opera a través de ella, para invalidar la experiencia real del individuo a favor de una pseudoexperiencia socialmente deseable, oficialmente la única existente (el vistoso ropaje del emperador, realmente desnudo). Es la "política de la familia",⁹ el poder social ejercido sobre el individuo confundido, alienado, mediante "dobles mensajes" y "dobles ligaduras": esencialmente, la invalidación de la experiencia real del hijo mediante el contraste entre las actitudes reales hacia él y lo que "políticamente" se le dice que se hace con él y por él.

Mediante esta "política de la experiencia" el yo emergente del hijo se desarrolla dividido: dividido entre el que potencial y auténticamente es o puede llegar a ser y el que socialmente debe ser. En los casos de más honda división, el hijo podrá actuar mediante conductas muy desviantes, esquizoides o "psicopáticas", como el gran confrontador de la traición de sus padres, de su cobardía e inautenticidad, de su alienación en el sistema, lo que suele pagar con el ostracismo familiar o el confinamiento psiquiátrico.

Es muy significativo, por otra parte, que el psicoanálisis se haya ocupado hasta ahora casi exclusivamente del efecto de las figuras paterna y materna sobre el desarrollo del hijo, omitiendo en cambio casi por completo la atención a la contrapartida: el efecto recíproco del desarrollo del hijo sobre el núcleo parental y familiar. Bien significativo, decimos y nos referimos con ello al hecho flagrante de que nos encontramos ante un orden social que ha seguido y espera seguir siendo fundamentalmente tradicionalista y conservador, al reprimir y pretender negar el evidéntísimo germen revolucionario que cada generación trae consigo. Hoy día, cuando el cambio y la transformación social adquieren un ritmo vertiginoso, no podemos seguir ignorando el efecto renovador, confrontador, revolucionario, que el hijo tiene en la dinámica familiar. Recientemente, Erickson¹⁰ ha llamado la atención sobre este aspecto, al subrayar el impacto que el adolescente en disensión está ejerciendo hoy día dentro del grupo familiar y el orden social. Un adolescente exasperado, en busca de su identidad en el seno de una cultura altamente destructora, necrófila y re-

presora, en búsqueda de un orden social radicalmente diferente, biófilo y humanista, y que está obligando en todo el mundo a los padres a una confrontación, a una revisión de sus valores y al doloroso reconocimiento de sus ficciones y claudicaciones.

La medida de la radicalidad de la crisis contemporánea se expresa justamente, de la manera más punzante e íntima, en el seno de la familia, trastocada no sólo en su dinámica, sino en su estructura misma; se cuestiona no sólo su funcionamiento, sino su mera supervivencia como la institución social básica, como la "célula social". La "muerte de la familia" es la anticipación predominante, si bien hay voces que preenuncian lo contrario: una especie de entrada o aproximación a la "edad de oro de la familia" o bien una diversificación en todos los niveles de la vida familiar.¹¹

Se replantea pues, todo el problema, en términos de la función que la familia desempeña en la dinámica entre individuo y sociedad. El enfoque sociopsicoanalítico de los cambios históricamente dados en la estructura y dinámica de la familia, puede quizá proporcionar una mejor comprensión de la crisis actual de la familia, un mejor vislumbre de las alternativas en juego.

A través de la historia nos hemos venido haciendo hombres en el seno de la familia, el grupo íntimo que comparte cotidianamente techo, calor y alimento. Sobre la mera necesidad biológica de supervivencia, cuya satisfacción es la función primaria de la familia —supervivencia tanto del individuo como de su progenie, supervivencia de individuo y su estirpe, su raza y, con ella, de la especie— se va desarrollando una función secundaria, humanamente más significativa: la de satisfacer la necesidad —una necesidad específicamente humana— de trascender la condición, compartida con todos los seres de la naturaleza, de creatura "pasiva" de la naturaleza. Nacida de la conciencia de la "mismidad", de la identidad individual, de la "separatidad" propia de la existencia humana —la vida hecha autoconsciente—, conciencia de nuestra finitud, de nuestro carácter mortal —el hombre, ser herido de muerte—, nacida de tal conciencia de nuestra "dicotomía existencial"¹² conciencia del drama y misterio de la existencia, ésta consiste o viene a ser para cada uno de nosotros, ente peculiar, único e inmutable, una búsqueda constante, incesante, de sentido y significación, un intento de trascendencia de nuestro ser limitado como creaturas pasivas.

"Necesidades espirituales" se suele llamar en términos de antropología filosófica a estas necesidades específicamente humanas, pero sin dejar de advertir que ellas forman un todo continuo con nuestras necesidades "puramente" biológicas: en efecto, sin un sólo

lido sentimiento de identidad y de pertenencia a un grupo o sin el sentimiento de dignidad y valer personal que se deriva únicamente de la actividad creativa y trascendente, nuestra propia vía fisiológica decae, se deteriora, se enferma. Lo más frecuentemente, la satisfacción mínima de estas necesidades se manifiesta en la vejez decrepita;¹³ en sus formas extremas, la insatisfacción conduce a la locura o al suicidio.

Y es que el hecho de la estructura propia de nuestro cerebro, con su *cuasi* infinita capacidad plástica —es decir, funcional y dinámica— de recombinación de estímulos y vías asociativas, corresponde la observación clínica de que estamos sanos en la medida en que desarrollamos nuestro potencial innato, dentro del óptimo posible, dadas las limitaciones de la estructura socioeconómica y la situación histórica en que cada uno de nosotros se encuentra. Así, desde un punto de vista objetivo estamos "sanos" y desde el punto de vista subjetivo nos "sentimos sanos" en la medida, y sólo en la medida, en que vivimos realizándonos, actualizando aquello para lo que estamos hechos; un algo peculiar cuya develación es nuestro empeño primordial. Tanto la historia de la humanidad como nuestra biografía personal no son, podría decirse, sino la expresión de este afán de individuación trascendente que es la vida nuestra.

A través de la historia, la función trascendente ha ido cobrando una mayor relevancia sobre su fundamento básico, la función biológica de mera supervivencia. Correlativamente, ha venido cambiando la función de la familia. Inicialmente organizada, por lo menos desde el paleolítico superior, al servicio de la mera supervivencia, la horda primitiva —grupo de individuos indiferenciados en cuanto al significado o valor de la experiencia individual, de la intimidad personal— no es sino un grupo luchando a brazo partido por procurarse la alimentación mínima y protegerse de las inclemencias de la naturaleza, tanto como de las bestias predatorias.

El clan matriarcal de la primera etapa del neolítico, la etapa agraria preurbana, se organiza en torno a un hogar protector, en el seno de una caverna donde se conserva el fuego, se guardan las primeras cosechas y se cuece el barro. Culto totémico y derecho matriarcal; se diferencian la sacerdotisa, el ceramista, el cazador más hábil, el artista de la pintura mágico-rupestre. En la segunda etapa del neolítico, iniciada hace ocho o nueve mil años, se produce la "revolución urbana"¹⁴ y nacen con ella las "civilizaciones", es decir, las sociedades organizadas en torno a una urbe, a una *civitas*, como centro político de un valle fértil. Se organiza entonces la familia consanguínea patriarcal, sustitutiva del clan matriarcal totémico (el mito babilónico de Marduk venciendo a Tiamat, el mito de

Adán y Eva). Emergen la propiedad privada, el *pater familias* y las primeras organizaciones jurídico-religiosas como formas de control de la energía del individuo puesta moralmente, vía la indoctrinación de sentimientos de culpa inconsciente, al servicio de la defensa de la ciudad-fortaleza. El *pater familias*, propietario no sólo de una parcela y un hato, sino de sus mujeres, sus hijos y los esclavos comprados o habidos en guerras de defensa de la ciudad. Diferenciación de gobernantes, sacerdotes, guerreros, artesanos y poetas relatores de epopeyas; un poco más adelante de los fundadores de religiones monoteístas y no teístas y de los primeros filósofos.

Esta familia, consanguínea y patriarcal, funcionará durante milenios como el núcleo de toda la estructura social; sobre ella se asentarán superestructuras feudales e imperiales y no iniciará su periclitación sino hasta el advenimiento de la primera revolución industrial. En la sociedad agrícola urbana la familia es la unidad económicamente autosuficiente, la fuente única de satisfacción sexual, la única escuela de los hijos, educados para el trabajo, la preservación del nombre y el patrimonio familiares, y el honor y la defensa de la "patria", de la *civitas*. En un proceso de burocratización creciente, la experiencia real de la vida individual se ve crecientemente suplantada por una alienación político-ideológica de la experiencia, de la que apenas logran salvarse el "héroe" y el artista.¹⁵ Late aquí claramente un sentido progresivo de desarrollo del proceso de individuación: sobre el principio matriarcal de supervivencia, sobre la función gestora y nutriente, se superpone gradualmente el principio patriarcal de ordenamiento y control de la naturaleza, el principio de conocimiento técnico y creación cultural. En tanto que la mujer trasciende por modo natural mediante la procreación, el varón se ve compelido a trascender por manera cultural, creando técnica y ciencia, arte y religión, política y milicia. Es la diferenciación del principio patriarcal como principio de estímulo y guía al desarrollo del potencial del hijo. El desarrollo de éste germinará, a su vez, como principio de renovación y transformación que revertirá sobre los propios padres, sobre su propio desarrollo humano. Inicialmente esto resulta excepcional, apenas perceptible en las figuras del genio, del héroe, del artista, dado un sometimiento conformista casi inevitable por parte del individuo "normal" ante un orden establecido de poderío verdaderamente abrumador.

La sociedad industrial viene a cambiar radicalmente la función de la familia, al dejar de ser ella la unidad económica autosuficiente y al reducirse cada vez más su función educativa. Economía y educación son asumidas crecientemente por la organización so-

cial: la fábrica, la escuela pública, la economía de mercado. De la gran familia patriarcal consanguínea se va emancipando la familia nuclear, es decir, la pareja conyugal con sus hijos, en número cada vez menor. "La familia pequeña vive mejor" es el *slogan* de la sociedad industrial, basada en una economía de consumo, ya no solamente de mercado.

Emancipación de la pareja, emancipación del individuo, son las promesas no cumplidas de la sociedad industrial; en principio, una mayor libertad para esta familia nuclear, más tiempo libre para el ocio recreativo, mayor capacidad de adaptación y desarrollo personal, al incrementarse tanto la movilidad social como la posibilidad de comunicación en todos los niveles. En principio, mayores posibilidades de realización del ideal monogámico, modo de relación íntima que compromete a la pareja conyugal a un desarrollo personal compartido, so pena de una ruptura socialmente permisible en aras precisamente de la creciente fuerza de individuación y, en especial, de la liberación femenina.

En principio, mayores posibilidades de libertad individual: en la realidad, una alienación intolerable del individuo, masificado, estandarizado, programado, por una estructura social que, movida inercialmente por milenios de una moral agrícola codiciosa y explotadora, se aliena en una tecnología que de suyo es, en verdad, intrínsecamente liberadora. Alienación intolerable, de donde la vigorosa, aunque aún confusa y caótica protesta contra el orden establecido, que constituye el meollo del cisma contemporáneo.

Identidad y cambio, arraigo y trascendencia: complementaridad de los principios materno y paterno incurrentes en el desarrollo del hijo, cuya creatividad incide a su vez, repitamos, sobre la generación progenitora, haciéndole llegar en carne propia y por manera íntima el espíritu transformante de los tiempos, el *ethos* y el *pathos* de cada nueva generación. Dialéctica del desarrollo individual e histórico; tesis materna; conservación, tradición, identidad, inmutabilidad; antítesis paterna; invención, cambio, renovación; síntesis fraternofilial; transformación, cambio integrado a la identidad.

En esta dinámica del desarrollo humano es fundamental el equilibrio de los tres principios en juego. La acentuación unilateral de cualquiera de ellos rompe el equilibrio del desarrollo y, por tanto, de la salud y de la vida misma. Así, el predominio del principio matriarcal de identidad y arraigo produce la familia simbiótica, paralizante del desarrollo individual. Familia incestuosa, en el sentido efectivo, no necesaria ni exclusivamente sexual; narcisismo familiar, desinterés social, suspicacia ante todo lo extraño, lo extranjero, ante todo lo no consanguíneo. Los lazos de sangre

ahogando la emergencia del individuo, la expresión de su libertad y creatividad. Se instalan entonces la patología de la inmadurez, la dependencia pasiva, la idolización, el miedo mágico, la obesidad, la impotencia sexual, el alcoholismo, el machismo.

La prepotencia subyugante del principio patriarcal, principio de esfuerzo y logro, de cambio y expansión, de control sobre la naturaleza, conduce a la orientación explotadora¹² competitiva, ambiciosa, enajenada en la codicia, en el afán de poderío y dominación. El corazón se encallece en la "lucha por la vida", en la distorsión darwiniana de la "supervivencia del más apto"; se inventan la guillotina, la silla eléctrica, los campos de concentración y las explosiones atómicas. La naturaleza —la madre— es expoliada sin consideración a sus límites, a su delicado equilibrio ecológico. Faltando los aspectos positivos de la función materna, esto es, el sentido de arraigo a la tierra, el sentimiento de confianza básica en la existencia. Faltando la "reverencia a la vida", que diría Albert Schweitzer, el patriarcalismo a ultranza da lugar a la personalidad básicamente insegura y ansiosa, incapaz de goce del presente, obsesionada por el logro de metas que se pierden en lejanía y se alejan como espejismos fantasmales: vida alienada en el "mito del progreso interminable", quimera de un paraíso de consumo de artificios cada vez más novedosos, variados... e inútiles. A esta forma de desequilibrio corresponden la patología del insomnio y la depresión, el *stress* y la fatiga crónica, la artritis, la neurodermatitis, la úlcera gastroduodenal, la hipertensión arterial, el infarto del miocardio...

La perturbación en la dinámica del desarrollo se produce, por otra parte, con respecto al ritmo de sus fases de estabilidad y transformación. La trabazón, el freno interior de los principios tético-materno y anti-tético-paterno, si en conflicto insuperable, impiden el flujo de la síntesis dialéctica; se incrementa el tradicionalismo represor —de manifestación externa matriarcal o patriarcal—, lo que da lugar a la patología de la rigidez y el aburrimiento, la ociosidad improductiva, actividad hipomaniaca; la histeria como alharaca melodramática, la neurosis obsesiva como forma privada de autoestimulación y entretenimiento, la conducta psicopática como forma de "diversión traviesa", el consumo insaciable de mercaderías como calmante de la ansiedad, las pequeñas pasiones de la avaricia, los juegos de azar y las perversiones sexuales.

Por otra parte, el incremento desmesurado en el ritmo de cambio y transformación conduce a lo que estamos viviendo ahora como rasgo distintivo de nuestro tiempo: "el choque con el futuro"¹³, ruptura generacional, mutuo rechazo violento de padres e hijos; la protesta radical y el movimiento de contracultura

juvenil, movimiento al que los adultos respondemos con toda suerte de amenazas, hasta la masacre de estudiantes, nuestros nuevos Niños Héroes de Tlatelolco.

Asistimos al estupor de los padres, desarmados ante esos hijos desafiantes, precozmente "liberados", de sexualidad desbordante, proclives a toda suerte de "viajes", aventureros en el mundo del *aliviane* psicotrópico. Impotencia de los padres ante la desesperación existencial de sus hijos, jóvenes de carne vibrante, anhelante de vida, de una vida que se sabe pérfidamente amenazada por el holocausto atómico o el desastre ecológico. Hijos perdidos, confusos, asustados, como pequeñuelos huérfanos de padre y madre, privados de la confianza básica en la mera supervivencia, privados también de rumbo y orientación en su desarrollo, al no encontrar sustitutos satisfactorios del principio patriarcal que han conocido y rechazan con toda su fuerza. Huérfanos que expresan su impotencia y su rabia en la violencia por la violencia, violencia caótica no orientada hacia ninguna revolución verdaderamente constructiva. Pandillerismo y nihilismo autodestructivos, promiscuidad y perversión sexual, *unisex* que es *bisex*, estruendo "sexacional", burla irreverente de todo y ante todos... en el intento de ahogar una amargura radical.

Sociedad postindustrial y de consumo, cibernética, tecnocrática, medicalizada y mercantilizada de la cuna a la tumba; la familia humana quebrándose por todas partes, como en fractura conminuta. Ahora ya no es sino el individuo mismo la unidad económica de consumo, una mera unidad más o menos "rentable"; el individuo despersonalizado, "libre" para satisfacer su sensualidad sin ningún compromiso, ni moral, ni biológico, ni emocional; el individuo conductualmente "educable" eskinerianamente manipulable, domesticable, programable por los medios masivos de comunicación y escolarización "por paquetes".¹⁷ Parecería que la familia como tal ya no es importante para la sociedad, ya no es socialmente necesaria, se convierte en obstáculo para el "progreso", comienza a ser obsoleta. Parecería que, más o menos pronto, una tecnología completamente deshumanizada —y deshumanizante— podría encargarse de liquidarla por completo, al modo del *Mundo feliz* huxleyano.

Ya hoy se produce o es previsible toda una gama de diversas organizaciones de la vida íntima, familiar:¹⁸ las uniones de jóvenes que infantilmente se prohíben mencionar entre sí las palabras tabú: "matrimonio" y "casados", consideradas como graves obscenidades. Por contra, los matrimonios entre varios miembros, de tres a seis, no ya como "sociedad de bienes comunes o separados", sino como corporación o empresa y, por supuesto, con toda libertad de "co-

mercio interior"; los matrimonios entre homosexuales (Holanda, 1968); las "carreras matrimoniales", como prueba suprema de modernidad, con sus *curricula* copiados del sistema de escolarización: matrimonios de primero, segundo y tercer grados: licenciatura, maestría, doctorado... O bien, por otra parte, la "planeación familiar" *ad libitum*: la pareja conyugal que no tendría hijos sino hasta que ambos se hubiesen jubilado, posibilidad tanto más factible por la previsible compra e implantación de embriones y la multiparentalidad biológica o, también, la especialización de la paternidad diversificada: de un lado la biológica, los *baby makers*, de otro la cultural o profesional, por expertos debidamente certificados, garantizados, rentables. Vale también ya la legitimización de la adopción de niños por varones solteros (Oregon, 1969) y, desde luego, la experimentación de toda suerte de familias comunales.

¿Muerte de la familia? Todo lo contrario, opinan otros.¹⁹ Ante el torbellino del cambio y justamente en respuesta básica a la amenaza de supervivencia moral y, por ende, biológica, la vida familiar, fuente inmutable de identidad, de núcleo de seguridad e integridad, sería tanto más necesaria si se han de preservar la salud mental y la estructura social. La familia no sólo no desaparecería, sino que entraría en su "edad de oro": en la civilización del ocio, ganancia de la automación, sería precisamente el ocio recreativo del grupo familiar lo que permitiría el despliegue óptimo del potencial de desarrollo de un grupo en interacción íntima, con tiempo suficiente para conocerse y dialogar, para gozar juntos, aprender juntos, inventar juntos, en el más cálido y vívido intercambio de experiencias estimulantes.

¿Extinción o edad de oro de la familia? No lo sabemos. Solamente sabemos que el futuro, siempre incierto e impredecible, lo es tanto más hoy cuanto más vertiginoso es el ritmo de cambio. Ante los fantasmas apocalípticos que hoy fracturan la estructura social hasta llegar a sus raíces mismas, es decir, a la estructura de la familia, solamente la conciencia, la imaginación y la osadía nos permiten enfrentar la crisis, el cisma, con serenidad y conservar la "gran esperanza": la que ha sido prevista y actualizada en la propia vida de los grandes maestros de la humanidad, la que ha sido expresada en los más altos ideales de todas las culturas; la visión de un orden mundial, de un nuevo equilibrio de suficiencia, de paz y de justicia, la visión de una sola gran familia humana habitante de esta hermosa "gema azul"; una familia totalmente humanizada, dedicada a la actualización de nuestro potencial para una vida luminosa, plena de goce creativo, de actividad amorosa y reverencia a la vida.^{18, 19}

Una cosa parece cierta: el desarrollo dialéctico del ser humano es tanto más factible cuanto: 1) más sólido sea el núcleo de identidad o capacidad integrativa, de manera tal que pueda aceptar los cambios internos sin disgregarse; 2) mayor oportunidad de estímulo al ejercicio de la imaginación creadora nos brinde la estructura social, y 3) más abiertos estemos a aceptar las transformaciones del núcleo mismo de lo que consideramos nuestra "identidad inmutable": un núcleo-eje, acaso en forma de espiral él mismo, integrado por otro eje incógnito, acaso también en forma de espiral. De donde pues la importancia suprema de la solidaridad humana, única fuente de validación de que esas transformaciones constituyan vueltas evolutivas hacia una mayor conciencia, una mayor libertad, vitalidad y alegría verdadera... y no una deplorable regresión a las etapas arcaicas, infantiles, preindividuales, del desarrollo personal y social.

Aceptemos, pues, el reto de la incertidumbre. Está bien: reflexionemos y luchemos por preservar nuestro núcleo integrativo, nuestra identidad; pero tengamos también la sinceridad suficiente con nosotros mismos para reconocer los cambios que podemos y queremos hacer y, sobre todo, tengamos el coraje necesario para permitirlos o, en la medida en que a cada uno de nosotros concierne, llevarlos decididamente a cabo.

REFERENCIAS

1. Freud, S.: *Correspondencia con W. Fliess*. En: *Orígenes del psicoanálisis*. Buenos Aires, S. Rueda, Ed. 1956, t. 22.
2. Freud, S.: *Estudios sobre la histeria* (1895). T. I. Madrid, Ed. Biblioteca Nueva. 1948, t. 1.
3. Robert, M.: *La revolución psicoanalítica*. México, Fondo de Cultura Económica. 1966.
4. Freud, S.: *La interpretación de los sueños* (1900). Madrid, Ed. Biblioteca Nueva. 1946, t. 1.
5. Lain Entralgo, P.: *Introducción histórica al estudio de la patología psicoanalítica*. Madrid, Paz Montalvo. 1948.
6. Fromm, E.: *Psicoanálisis de la sociedad contemporánea*. México, Fondo de Cultura Económica. 1955.
7. Bachofen, J.: *Myth, religion and mother right*. Princeton, Princeton University Press, 1967.
8. Fromm, E.: *Escape from Freedom*. Nueva York, Rinehart. 1941.
9. Laing, R.: *The politics of the family*. Nueva York, Random House. 1969.
10. Erikson, E.: *Sociedad y adolescencia*. México, Siglo XXI. 1972.
11. Toffler, A.: *Future shock*. Nueva York, Random House. 1970.
12. Fromm, E.: *Man for himself*. Nueva York, Rinehart. 1947.
13. Derbez-Muro, J.: *Miseria y esplendor de la vejez*. Academia Nacional de Medicina, junio 23, 1976.
14. Gordon Childe, V.: *Los orígenes de la civilización* (1936). México, Fondo de Cultura Económica. 1954.
15. Rank, O.: *Art and artist*. Nueva York, Alfred Knopf. 1932.
16. Illich, I.: *Hacia el fin de la era escolar*. Cuernavaca, Mor., Ed. CIDOC. 1971.
17. Illich, I.: *Alternativas*. México, Joaquín Mortiz. 1974.
18. Derbez Muro, J.: *Prometeo encadenado*. En: *5 000 años de fracaso*. México, Ed. Inst. Mex. Psicoanálisis. 1971.
19. Derbez Muro, J.: *¿Educación o colusión?* En: *Hombre en conflicto*. México, Ed. Inst. Mex. Psicoanálisis. 1972.

III EVOLUCION DEL PAPEL DEL SEXO FEMENINO EN LA ORGANIZACION DE LA FAMILIA

GUILLERMINA YANKELEVICH*

El estudio que a continuación se presenta, persigue los propósitos siguientes:

- a) Revisar algunos aspectos de la evolución biológica, con objeto de rastrear el posible origen de la unidad denominada "familia" y los probables determinantes de su aparición.
- b) A través de la revisión de ciertos acontecimientos relevantes de la evolución biológico-histórica del hombre, destacar el papel del sexo femenino y las diversas modalidades que éste adopta dentro de la "institución familiar".
- c) Como resultado de lo anterior, proponer una hipótesis sobre la manera en que algunos eventos biológicos e históricos se entrelazan, y así, explicar la dinámica de la función femenina como un proceso evolutivo integral.

La familia, en todo momento de la discusión, se trata como una asociación temporal (o definitiva) de individuos que constituyen: 1) Una "unidad biológica", de reproducción de individuos. 2) Una "unidad económica" de abastecimiento de recursos (se realice o no, en forma cooperativa) y de intercambio de actividades de mutuo beneficio.

La revisión de la escala filogenética, bajo el punto de vista planteado, permite identificar el origen de la familia como un hecho asociado íntimamente a la aparición de la reproducción sexual o sea, es ésta la primera asociación con propósitos reproductivos que además realiza intercambio y provisión de recursos.

De acuerdo con los fundamentos teóricos de la biología, el papel de la reproducción sexual en las especies, es el de organización de nuevos genotipos. La diversificación genética es, a su vez, responsable de la capacidad de adaptación ecológica de los individuos generados. Las formas con reproducción sexual tienen mayores oportunidades de enfrentar variaciones en el ambiente y prevalecer como especie. A este respecto, se ha llegado a sugerir que la reproducción sexual origina una adaptación favorable aun al nivel de la propia unidad familiar; la pareja reproductiva, al diversificar su propia descendencia, la hace más versátil en sus posibilidades adaptativas frente a cambios ambientales de lapso intergeneracional.¹

* Académica numeraria. Departamento de Biofísica. Instituto de Investigaciones Biomédicas. Universidad Nacional Autónoma de México.

Una forma muy prometedora, a nuestro criterio, de investigar la evolución de la participación de los sexos en la organización de la familia es la de plantear este estudio como un problema de "inversión" energética. Esta hipótesis ofrece una explicación plausible, tanto para las formas de organización de grupos "familiares" estrictamente de tipo biológico, como para aquellos que se generan, además, bajo condicionamientos sociohistóricos específicos. La discusión que se hace en lo sucesivo se efectúa bajo este postulado.

La *unidad primaria* de asociación, que en los términos propuestos puede identificarse como "familia" en la escala filogenética, es la constituida por la madre y sus vástagos.² Es un grupo estrictamente asociado para el abastecimiento de recursos y para un intercambio benéfico mutuo. Esta unidad es el resultado de un proceso de reproducción sexual, pero en sus primeras manifestaciones no incluye al individuo del sexo masculino más que para cumplir con el acto mismo de reproducción.

En el proceso de producción de la descendencia, los individuos tienden a "optimizar" su prevalencia como especie en la naturaleza. La hembra invierte mayor contenido energético de lo que aporta el macho, en el producto.* Pudiera plantearse entonces, que debido a esta asimetría en la inversión, el cuidado parental en la mayoría de los casos, corre a cargo de la hembra; es ella quien adquiere un mayor compromiso de vigilancia para asegurar la productividad de su inversión. Son congruentes bajo esta hipótesis, la forma de organización de la unidad familiar, identificada como primaria y también el hecho de que la mayor parte de las sociedades animales son de naturaleza matrifocal.

Otra consecuencia del mayor aporte energético femenino es el hecho de que la probabilidad de encontrar una pareja reproductiva es también más elevada para las hembras. A pesar de ello, éstas no establecen múltiples asociaciones de reproducción, debido a que aun en el caso de no estar ligadas íntimamente al desarrollo de los vástagos, el costo de la producción de estos últimos es tan elevado para ellas, que pondría en peligro su integridad física.

La hembra "optimiza" la viabilidad de su producción, alargando, en lo posible, el tiempo de permanencia del macho durante la fertilización.†

* De la misma manera puede interpretarse tanto el huevo cargado de reservas, de los ovíparos, como la célula-huevo totalmente desprovista de los vivíparos, cuyo desarrollo se efectúa en el interior de la madre a expensas de su material.

† Se conocen diversos eventos que pueden ser interpretados en estos términos, como por ejemplo: la decapitación del macho; los mecanismos fisiológicos que en algunos grupos obligan a la pareja a un apareamiento prolongado; los taponamientos por la solidificación de materiales especiales que se producen al final de la cópula.^{3,4}

El padre, al igual que su compañera, "optimiza" la prevalencia de sus atributos genéticos en la naturaleza a través de su descendencia. Sin embargo, sus estrategias son diferentes. La precaria inversión que realiza en un solo producto hace que su ocupación de los vástagos sea escasa o ausente. La perpetuación de sus atributos en la población le asegura entonces, a través de un número mayor de colisiones sexuales con diversas hembras, número que depende de factores ecológicos y su propia capacidad física.‡

En algunas formas animales, puede observarse que el macho permanece con una misma hembra durante un lapso mayor; en éste, puede efectuar repetidos apareamientos y es así, como pudiera pensarse en la constitución de la primera pareja conviviente.

La organización familiar con la participación del macho dentro de ella no invalida la posibilidad de que estos grupos sean poligámicos. Una explicación sobre el mecanismo de constitución de este tipo de "familia" dentro de la hipótesis de unidad energética de inversión puede derivarse directamente de los argumentos expresados en los párrafos anteriores.

Ha sido postulado que diversos procesos de evolución biológica acontecen como resultado de presiones ambientales muy graves. De este origen es posible que sea la evolución de la unidad familiar hacia la forma monogámica. La escasez de alimento y la intensa depredación, por ejemplo, pudieron haber forzado la labor cooperativa de la pareja en ciertas especies. Es frecuente observar en la naturaleza que se precisa la convivencia y participación activa de ambos progenitores para lograr completar el desarrollo de una camada. En estas nuevas condiciones, se puede pensar que la pareja conviviente termina por igualar su inversión energética en la producción constituyéndose, de esta manera, la unidad familiar monogámica.§

Las relaciones "económicas" que se establecen dentro de la unidad biológica son también diversas. El intercambio en la unidad primaria es simple, aunque necesario e insustituible; la madre provee los cuidados y recursos necesarios para la supervivencia de los vástagos y éstos retribuyen en forma pasiva, con el mero hecho de ser los elementos de perpetuación de la estirpe genética de sus progenitores.

En las formas familiares más complejas, en las que el macho ya forma parte de ellas, se agregan algunos

‡ El individuo del sexo femenino es el elemento habitualmente escaso en la población y son entonces los machos los que compiten entre sí para su obtención. Los atractivos físicos que desarrollan, los despliegues muy refinados de comportamiento que se presentan fundamentalmente en las épocas de apareamiento, entre otras, ilustran algunas de las formas de competencia, mencionadas (véase ref. 5, cap. 15).

§ Se define en biología como asociación monogámica aquella en la que ambos padres conviven y participan igualmente en el desarrollo de cuando menos una camada.

elementos que perfilan más nítidamente el grupo como unidad económica; además del intercambio con la descendencia, los adultos realizan una labor cooperativa de duración variable; puede observarse alternancia en las funciones a realizar y en ocasiones, una división de trabajo muy especializada (véase ref. 5, cap. 20).

En la escala filogenética, aun antes de llegar a la consideración de la especie humana, ya se identifican formas superiores con unidades familiares muy complejas que corresponderían a lo que se describe en las sociedades humanas como "familias extendidas". Los parientes cercanos y las camadas de segundo y hasta de tercer orden, participan en la constitución del grupo familiar. Los individuos adicionales al grupo primario invierten su energía en el adiestramiento de los pequeños en las tradiciones grupales (a través de los juegos, la cacería, la selección del tipo de alimento, los rituales de apareamiento sexual)⁶ y reciben a cambio beneficios como la protección en contra de los depredadores, mayores oportunidades de obtener alimento y pareja y otros.

Uno de los resultados interesantes de la organización de familias extendidas en los animales es la generación de lo que puede interpretarse como "alianzas" entre los adultos del mismo sexo. Estas alianzas pudieran representar la primera manifestación de intercambio ya no familiar, sino más bien social. Este ya no deriva de una liga entre los individuos que dependen de la actividad reproductora.*

El estudio de la evolución de la forma familiar humana implica necesariamente la revisión histórica de las organizaciones socioeconómicas en las que se inserta la familia. Esto quiere decir que, en rigor, habría que discutir el concepto en función de las clases sociales y de las formas de producción. Ello representaría una investigación paralela a las que se llevan a efecto en la biología, a través del proceso evolutivo filogenético, en relación con las condiciones ecológicas en que se lleva a cabo.

Es aún materia de especulación y de divergencia de opiniones el momento histórico y los atributos que

individualizan a la especie humana del resto de los animales. Algunos autores, provenientes fundamentalmente de las ciencias sociales, sugieren que el hombre como tal ya aparece como un ser social.^{8,9} Desde el punto de vista biológico, pudiera individualizarse al ser humano desde etapas anteriores a las del hombre ya socializado.^{10, 11} En cualquier caso, siendo más bien materia de definición los eventos familiares pertinentes al papel femenino, puede discutirse igualmente si éstos están incorporados o no a un grupo mayor.

El precario control inicial del hombre sobre la naturaleza debe haber fomentado la necesidad de cooperación entre un conjunto de individuos o entre la pareja. En cualquiera de las dos circunstancias, la madre necesariamente invierte una gran cantidad de energía en el cuidado y alimentación de los pequeños, como sucede en el resto de las especies animales. También en estos grupos, es probable que el individuo masculino se agregue al grupo familiar primario de manera meramente incidental.

Dentro del curso de la evolución histórica (y haciendo caso omiso de la temporalidad de los eventos) el hombre llega a descubrir el proceso primordial que ha de distinguirlo en forma definitiva (aunque no total) de los otros grupos animales: la capacidad productiva.† Este descubrimiento, sin embargo, no pudo haber ocurrido en forma súbita: deben haber mediado diversos acontecimientos en el *habitat* de los que el hombre pudo derivar experiencia y acumular conocimiento. A este respecto, vale la pena aventurar algunas ideas especulativas.

Proponemos que el primer descubrimiento que el hombre pudo haber logrado en las etapas iniciales de su evolución fue el hallazgo de su capacidad de desarrollar un trabajo eficiente.‡

Tal parece que los conceptos de producción y de trabajo eficiente no siempre han estado asociados. En la ciencia económica actual¹² y aun desde la aparición de la teoría marxista¹⁴ se discute el tiempo y la eficiencia en la producción como conceptos indisociables. Puede pensarse teóricamente, sin embargo, en un período en el que el acto de la producción aún no acontece, pero el hombre ya está en capacidad de realizar un trabajo más eficiente. La recolección más rápida, la marcha más acelerada, que deben haber sido de las primeras manifestaciones de aumento en la eficiencia del trabajo humano, produjeron un claro beneficio para el hombre: la "minimización" del tiempo invertido en las actividades ligadas a la subsistencia.

* Acontece en especies de mamíferos como cánidos y primates, en los que el nivel de "inteligencia" les permite recordar relaciones más detalladas y la retención de conocimientos de origen tradicional que en consecuencia no están genéticamente determinados. Dentro de la discusión anterior, es interesante señalar también que en algunos monos superiores, que son los que poseen las formas más complejas de organización social, son las hembras las que muestran mayor capacidad de aprendizaje y de sustitución de las tradiciones grupales.⁷ Esta observación tiene interés para el tema discutido en virtud de que hace hincapié, una vez más, en la postulación de que el elemento del sexo femenino es primario en la organización familiar. El adiestramiento y la "aculturación" de los vástagos en estos grupos animales siguen estando a su cargo, y la energía invertida por el macho se canaliza más bien hacia la protección, además de su colaboración ocasional en la obtención de recursos.

† Creación de productos no generados por la naturaleza. Se adopta un punto de vista "energista de la producción" (véase ref. 12).

‡ Reducción del tiempo invertido en una tarea específica (véase ref. 9).

El primer control que el hombre ejerce en la naturaleza, no es propiamente sobre los recursos, sino más bien sobre el tiempo.* Esta variable estuvo ausente de las consideraciones realizadas en páginas anteriores sobre las familias animales. En el proceso evolutivo de estas últimas, el tiempo figura estrictamente como una variable independiente.

Desde el punto de vista de la economía, podría considerarse que, históricamente, el primer excedente que el hombre reconoce y persigue es precisamente el *excedente de tiempo*. Esto acontece posiblemente mucho antes de aparecer su interés por el excedente material.†

Más adelante, como consecuencia de lo anterior (posiblemente por un agotamiento de recursos, a mayor velocidad que su reproducción natural), el hombre se percata de la posibilidad de generar en el tiempo excedente un trabajo de tipo productivo.

En resumen, pudiera postularse entonces que fue el descubrimiento de su capacidad de realizar un *trabajo eficiente* y la persecución de un *excedente de tiempo* lo que marca la individualización evolutiva, irreversible, entre la especie humana y la de los demás animales.

En las nuevas condiciones descritas, la incorporación a una pareja conyugal brinda claras ventajas económicas tanto al hombre como a la mujer, en comparación con las que les ofrece la vida aislada.‡ Así, la unidad familiar no solamente asegura la supervivencia y proyección evolutiva de su estirpe, sino que, con esta forma de organización también se "optimizan" los beneficios logrados en la inversión energética, tanto para la producción de reemplazantes, como para la de recursos de subsistencia. Puede pensarse además que por vez primera en la escala filogenética, los descendientes permanecen en la unidad familiar por tiempos más prolongados, puesto que pueden participar en el intercambio y cooperación dentro de la unidad familiar en forma activa. Evidentemente los infantes deben haber intervenido en algunas actividades ligadas a la producción.

* Engels¹⁵ hace una amplia discusión del papel del trabajo en la transformación del mono en hombre; sin embargo, su postulación es totalmente diferente. Reconoce que los animales son capaces de modificar a la naturaleza con su actividad y también la distingue con respecto a la del hombre en materia de grado. Pero el trabajo, según este autor, "comienza con la elaboración de instrumentos", postulación que implica forzosamente una transformación material, y en consecuencia la producción misma.

† Ha sido especulado por diversos autores^{16, 17} que, incluso cuando la producción ya acontece, la retribución inicial de ésta es tan exigua, que los grupos primitivos prefieren gozar del tiempo libre en vez de producir. A este respecto, Weiss cita que sólo la separación de los trabajadores de los medios de producción al acontecer la revolución industrial logró coartar el deseo de los individuos de perseguir el tiempo libre.¹⁸

‡ Un resumen interesante sobre la evolución de la familia, desde el punto de vista de la economía clásica, se encuentra en la ref. 18.

El sexo femenino posee, dentro del grupo, las funciones de generación de individuos (concepción, gestación, parto, crianza y socialización del niño) y de reposición de las energías consumidas en las diversas labores cotidianas; la elaboración de alimentos, el crear un lugar de reposo, de recreo y la salud misma del conjunto son básicamente responsabilidades de la mujer. Esta sigue contribuyendo, además, en las actividades productivas a nivel doméstico, que pueden también ser incorporadas al proceso de intercambio social entre diversos grupos. De modo que, a través de sus labores de tipo productivo y de actividades familiares diversas, el individuo femenino asegura, directa e indirectamente, una posición clave en las relaciones económicas en beneficio tanto de la familia como del grupo.

Es importante citar una modificación interesante que el desarrollo cultural imprime en el hombre; se genera en él, una actitud racional con relación a su prevalencia. Se percata de que el camino para trascender ya no es únicamente el biológico, sino que se abre un vasto campo de posibilidades de perdurar a través de su obra realizada¹⁹. Por alguna razón poco conocida, quizá por especialización de actividades entre los sexos, la trascendencia cultural fue motivo de mayor interés para el sexo masculino, quedando el femenino atado a su forma tradicional, aunque racional, de prevalencia biológica.

Con el advenimiento de la industrialización y el desarrollo tecnológico concomitante, la socialización de la producción se intensificó de tal modo que logró extraer del seno del pequeño grupo la casi total producción de recursos con que éste contribuía en el intercambio social. Este trascendente cambio de organización económica, hace que el individuo se procure su subsistencia básicamente a partir de la obtención de un salario a cambio de un trabajo realizado; ello influye también en el papel femenino dentro de la familia y la sociedad. En algunos estratos socioeconómicos, sobre todo los inferiores, persiste la producción doméstica de bienes por parte de la mujer que, aunque proporcionalmente en la producción social global es de muy escasa importancia, puede contribuir sustancialmente al ingreso de la unidad familiar. La versatilidad de las funciones femeninas constituye una fuente de amortiguación en las fluctuaciones del ingreso familiar resultantes del desempleo, subempleo o magnitud baja del ingreso al que los individuos del sexo masculino están expuestos en la etapa industrial capitalista. En esta forma de organización económica, la mujer ofrece un margen de seguridad adicional; puede ingresar, si es necesario, a la maquinaria de producción social y contribuir también con un salario a la unidad familiar.²⁰

La evolución reciente de la organización económica de la producción ha generado un fenómeno muy particular que, de manera importante, altera la naturaleza de la unidad familiar. Los medios masivos de comunicación difunden en la actualidad informaciones que antes eran desconocidas para un gran sector de la población; ello ha provocado la separación de lo que se denomina el "consumo deseado" del "consumo factible".*²¹ Se ha generado un deseo de escalamiento social, de obtención de mejores ingresos y de una mayor capacidad de consumo (revolución de expectativas).

Por otra parte, también se observa que en la sociedad actual, algunos aspectos de la reposición de las energías consumidas en el trabajo, como son: la educación, la elaboración de alimentos y algunos aspectos relacionados con la salud, como vacunación y hospitalización, están siendo socializados en forma acelerada.

Los individuos del sexo femenino logran así liberar una buena parte de su tiempo e incorporarse en forma equivalente al hombre, en las actividades de producción social. Las ventajas económicas mencionadas anteriormente, para la vida conjunta, se acercan a las que ofrece, la vida individual. La cooperación familiar se deriva más bien hacia una intensificación de la cooperación social, pero de naturaleza totalmente diferente a la conocida hasta este momento por el ser humano; la actividad cooperativa en las sociedades actuales es despersonalizada, indiferente y solitaria.

El panorama descrito corresponde a un estado de transición; en él se plantea la necesidad de reajustes en la organización y, quizá, una reformulación de lo que había sido reconocido durante los últimos tiempos como la unidad familiar. Se ensayan nuevamente formas biológicas ya conocidas, como las de estructura primaria simple, poligámica, extendida, además de otras formas, quizá socialmente más novedosas.

La pareja actual, como tal, tiende a invertir en forma cooperativa casi exclusivamente en el desarrollo de los pequeños. Un solo miembro adulto de la unidad familiar basta en ocasiones para el propósito y, por razones fisiológicas, es posible que este individuo terminará por ser nuevamente el del sexo femenino.

No se pretende concluir, a raíz de la discusión realizada, que la familia tiende a desaparecer; no se ha observado todavía en la población humana una alteración y, menos aún, la desaparición generalizada de la unidad familiar primaria. No puede preverse tampoco qué nuevo tipo de modalidades adopte esta unidad para que produzca la forma de inversión ener-

gética óptima, correspondiente a un sistema social también en transición y, por lo tanto, todavía incierto con respecto al futuro.†

Por último, deseamos hacer notar que en este tratamiento se ha omitido el componente afectivo, modulador tan complejo como trascendente de la organización y estabilización de las agrupaciones humanas.‡ Los juicios de valor que la consideración de este aspecto implica son difícilmente compatibles con un análisis objetivo como el que aquí se ha pretendido mantener.

La revisión biológico-histórica realizada permite extraer varias conclusiones interesantes:

El individuo del sexo femenino ha sido un elemento imprescindible en la organización de la unidad familiar. Desde la aparición del primer grupo que puede definirse como tal en la escala filogenética, se puede identificar un núcleo que se ha denominado en el presente estudio "unidad familiar primaria" que perdura a través de la evolución biológico-histórica de las especies.

La organización de la "unidad familiar" puede estudiarse como un problema de "optimización" de la inversión energética de los participantes; la unidad primaria, siempre existente, se ve extendida o modificada en los papeles de sus elementos, de acuerdo con las demandas que en este sentido imprimen las variaciones ambientales y los cambios sociohistóricos que en el curso de la evolución acontecen.

REFERENCIAS

1. Williams, G. C.; *Adaptation and natural selection: a critique of some current evolutionary thought*. Princeton, Princeton University Press, 1966, p. 307.
2. Tiger, L., y Fox, R.: *The imperial animal*. Laurel, Dell Pub. Co., Inc. 1974.
3. Parker, G. A.: *Sperm competition and its evolutionary consequences in the insects*. Biol. Rev. 45:525, 1970.
4. Riemann, J. G.; Moen, D. J., y Thorson, B.: *Female-monoamy and its control in houseflies*. J. Insect. Physiol. 13: 407, 1967.
5. Wilson, E. O.: *Sociobiology. The new synthesis*. Cambridge, Harvard University Press, 1976, p. 575.
6. Altmann, S. A.: *Review of social organization of hamadryas baboons. A field study*. Amer. Anthropol. 71:781, 1969.
7. Kawai, M.: *Newly acquired precultural behavior of the natural troop of Japanese monkeys on Koshima islet*. Primates 6:1, 1965.
8. Childe, G. V.: *¿Qué sucedió en la historia?* Buenos Aires, Ed. La Pleyade. 1975.

† La desaparición definitiva de la unidad familiar primaria, se reconoce en algunos insectos sociales, pero estos casos se consideran excepcionales. Los animales mencionados, con un nivel muy complejo de organización en lo que a división de trabajo se refiere, han logrado una gran estabilidad social a cambio de un "pago" específico; los organismos pertenecientes a un mismo grupo de trabajo, han perdido totalmente su individualidad, aun aquella que en la mayoría de los seres vivos es rescatable a nivel genético. La reproducción sexual, fuente de inestabilidad social en una población ordinaria, se ha reducido en estos grupos animales a un mínimo. Sólo unos cuantos individuos de la sociedad, los mínimos necesarios, participan en los eventos reproductivos sexuales.²²

‡ Véase, por ejemplo, la ref. 2.

* Principalmente acontece a nivel de la clase media, que es la que posee un ingreso suficiente para disponer de diversas alternativas.

9. Cipolla, C. M.: *Historia económica de la población mundial*. México, EUDEBA. 1964.
10. Lewis, J.: *Hombre y evolución*. México, Editorial Grijalbo, S. A. 1968.
11. Zuckerman, S.: *La hominización de la familia y de los grupos sociales*. En: *Los procesos de hominización*. México, Editorial Grijalbo, S. A. 1969.
12. Juffé, M.: *Biología e ideología*. Ed. A. Redondo. 1972.
13. Nerlove, M.: *Household and economy: toward a new theory of population and economic growth*. J. Polit. Econ. 82: 5200, 1974.
14. Marx, C.: *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) (1857-1858)*. México, Siglo XXI Edit, S. A. 1971, vol. 1, p. 101.
15. Engels, F.: *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*. México, Ediciones de Cultura Popular. 1976.
16. Dumond, D. E.: *The limitation of human population: a natural history*. Science 187:713, 1975.
17. Linares, O. F.; Sheets, P. D., y Rosenthal, E. J.: *Prehistoric agriculture in tropical highlands*. Science 187:137, 1975.
18. Weiss, E. R.: *Economía clásica, familia y actividad femenina. V. Reunión del grupo de trabajo sobre el proceso de reproducción de la población*. Comisión de Población y Desarrollo. São Paulo, CLACSO. 1977.
19. Yankelevich, G.: *Del hombre "biológico" al hombre "social"*. Demog. y Econ. 10:43, 1976.
20. Vanek, J.: *Time spent in housework*. Scient. Amer. 231: 116, 1974.
21. Boserup, E.: *Woman's role in economic development*. Londres, Allen & Unwin. 1970.
22. Binder, E.: *La genética de las poblaciones*. Barcelona, Ediciones Oikos-Taw, S. A. 1970.

IV LA SALUD ORGANICA DEL NIÑO

ERNESTO DÍAZ DEL CASTILLO*

La tarea fundamental de la familia en la generación y formación de los hijos es que cada individuo en ella adquiera progresivamente la madurez biológica, psicológica y social que le permita ser, actuar y comportarse adecuadamente consigo, en la familia y en el ambiente social, es decir, en sus relaciones con los otros individuos de su medio íntimo y de su medio amplio. Esto significa crecer y desarrollarse correctamente.

Crecimiento y desarrollo suceden de manera continua a través de la vida y son resultados de la interacción de las características heredadas, genéticas y el ambiente, interrelación que es esencialmente dinámica y cambiante, de ahí que sus efectos sean variables en naturaleza y grado en función de la calidad, intensidad y duración del estímulo ambiental (físico, psíquico o social) y de la constitución del individuo en su momento particular señalado por el nivel de desarrollo y la experiencia. Si esta influencia recíproca se ejerce completa y normal, el proceso de crecimiento y desa-

rollo se mantendrá óptimo, progresivamente el niño adquirirá las características físicas, psicológicas y sociales que le permiten máxima adaptabilidad a sus circunstancias y que se identifican como estado de salud.

La familia desempeña aquí un papel fundamental, ya que es el medio natural inmediato al niño, el contacto primario e íntimo y su "campo experimental", la que tamiza la influencia del ambiente social y cultural y la que regula (o no), por tanto, sus efectos en el niño en desarrollo. Su influencia, por supuesto, es máxima en los primeros años de la vida, cuando la dependencia del niño de otras personas es forzosamente mayor.

Se define a la salud y a la enfermedad como fases de la vida que expresan en un momento dado el esfuerzo del organismo para mantener el equilibrio entre la exigencia de satisfacer sus necesidades y la de controlar las situaciones internas y externas que se oponen a ello. Su salud representa el éxito en la adaptación y, en el niño, crecimiento y desarrollo adecuados. La enfermedad representa distorsión o falla en la adaptación y puede expresarse como trastornos de crecimiento, de desarrollo o del funcionamiento del organismo como un todo o de alguno de sus sistemas.

El crecimiento físico puede ejemplificarse con incrementos en peso y talla y desarrollo con adquisición de habilidades y destrezas, de funciones motoras, del lenguaje y de adaptación social, hechos que suceden de acuerdo con una secuencia, una velocidad y un ritmo propios.

El crecimiento está condicionado a la nutrición; la dieta forma parte de un todo interrelacionado que es afectado por las distintas expresiones de la cultura: economía, estructura social, momento histórico, influencias urbanas, tradiciones y prácticas religiosas.¹ El objetivo terminal de la nutrición debe ser, por tanto, alcanzar el crecimiento máximo que la herencia permite.

El desarrollo de la personalidad es un *continuum* a través de la vida del individuo. La madurez psicológica representa el punto en que el individuo es capaz de realizar funciones independientes y eficientes, la naturaleza de las cuales puede variar de cultura a cultura y según el momento histórico. Pueden identificarse fases y puntos críticos del desarrollo que significan enlaces entre los diferentes pasos hacia la madurez.

Fromm² señala que la esencia del hombre es su potencialidad para ser libre. Nace más desvalido que todos, pero es capaz de aprenderlo todo, capacidad que lo define como un ser sociable.

En la búsqueda de individualidad y socialización ha de fortalecerse el yo individual propicio al amor: du-

* Académico numerario. Hospital de Gineco-Obstetricia No. 1. Instituto Mexicano del Seguro Social.

rante la lactancia el niño debe aprender a amar a la vida; en la edad preescolar, a amar a la libertad y en los años escolares, a amar a la humanidad. Para que el individuo desarrolle plenamente la capacidad de amar ha de sentir seguridad, protección y afecto.

Se comprende fácilmente la influencia determinante de la familia en este proceso, ya que afecta intensamente al niño y en forma prácticamente exclusiva en los primeros tres años, pues en adelante también lo hacen los contactos extrafamiliares y la sociedad como un todo también lo influye.

El individuo tiene un grupo de necesidades básicas como el impulso de respirar, la satisfacción del hambre y de la sed, la superación del miedo, el cansancio y el dolor. La expresión de toda necesidad produce cierta ansiedad, similar a un mecanismo de alerta. La no satisfacción de una necesidad básica genera una respuesta emocional a la que se reconocen tres fases: de protesta, de desesperación y de negación. Si perdura, produce neurosis.

Debe cuidarse, por tanto, que la conducta de los adultos con respecto al niño y sobre todo en los primeros años de la vida en que es totalmente dependiente, sea equilibrada y normal, pues el comportamiento neurótico de la familia frustra la satisfacción de las necesidades del niño y deteriora su crecimiento y desarrollo.

La integración de la pareja conyugal es el principio de la familia y cabe destacar la importancia fundamental que tiene el bagaje con que concurren al matrimonio hombre y mujer, constituido por las características que les imprimió su propio proceso formativo como niños. En ellas se refleja la condición socioeconómica y cultural de sus padres expresada a través de hábitos, costumbres y tradiciones que matizan las necesidades básicas del individuo, su forma de satisfacerlas o la insatisfacción de ellas. De ahí derivan los conceptos y prácticas sobre alimentación, recreación, educación, relaciones interpersonales y de grupos, escala de valores sociales, morales y materiales que determinan el clima emocional en que el niño crece, se desarrolla y adquiere su personalidad.

La influencia de factores como la edad de los padres, el número de hijos, el orden de nacimiento, las condiciones de la vivienda y los recursos alimentarios, produce diferencias entre los individuos.

De acuerdo entonces con la forma o manera en que ha fraguado cada cónyuge su condición de adulto va a contribuir a formar su propia familia, a fraguar el troquel que marcará las características de cada elemento de la familia, de cada hijo. Según su concepto particular sobre lo que es y debe ser el hogar, de cómo integrar el matrimonio y el lugar que acepten dar a las necesidades conyugales de interdependencia,

delegación de autoridad, actividad sexual y procreativa y de la manera de distribuirse o exigirse responsabilidades como las de ejecución de trabajo económicamente productivo, atención del hogar, atención y educación de los hijos, así serán las actitudes de la pareja. Están en función de las satisfacciones o privaciones que durante su infancia y adolescencia experimentaron en cada aspecto y del carácter y la capacidad de regulación de tensiones que la personalidad que exhiben les permita lograr. Por ejemplo, la actitud del individuo respecto a la alimentación es una expresión de la personalidad total. Cada persona entra en el matrimonio con su patrón definido de conducta respecto de la alimentación y los dos cónyuges establecen un medio que podrá influir sobre los sentimientos y la conducta alimentaria de los hijos.³ Con el hombre el alimento es la encrucijada de emociones, religión, tradición y hábito; aquello a que estamos acostumbrados parece natural, lo extraño nos parece antinatural e indeseable.⁴

Ha de entenderse además la dinámica existente en todo el proceso, ya que cada elemento (padre, madre, hijos) cambia en las distintas etapas del mismo, de acuerdo con la satisfacción o no que se tenga de las exigencias que cada época va creando en el individuo y de las exigencias que para con él va generando su responsabilidad en la familia, la organización de ésta, el crecimiento y desarrollo de la misma y el ambiente social en general.

Todos estos factores inciden sobre los hijos y se comprende que situaciones como ser hombre o ser mujer, primogénito o no, hijo único o uno entre numerosos hermanos, convivir en espacio suficiente o en hacinamiento, compartir un alimento escaso o suficiente, participar de recreación estimulante, en fin, contar o no con protección, seguridad y afecto van a revelarse sustancialmente en el modo de crecer y desarrollarse.

Es evidente que en nuestro país la sociedad está integrada en forma heterogénea con grupos minoritarios que tienen satisfactores socioeconómicos adecuados y grupos mayoritarios que carecen de ellos, bien en forma casi absoluta o parcialmente, de donde es imposible señalar un común denominador a las familias. Podríamos decir que existe toda una gama que va desde el grupo más desprotegido, en el que se conjugan todas las situaciones negativas, hasta el grupo más protegido, en el que concurre el mayor número de condiciones positivas. En cualquier caso, sin embargo, existen factores distorsionantes del crecimiento y desarrollo, pues como señala Ramírez,⁵ la patología del adolescente en nuestro medio lo mismo se expresa como grupos hostiles de "chicos malos de Peralvillo" que en el nihilismo rampón de "niños bien de Ba-

rrilaco", representantes de dos extremos de patología familiar.

Ha de comprenderse que no existe el tipo de niño "ideal" para cincelarlo en un adulto óptimo, ni la fórmula mágica mediante la cual la familia garantice el desarrollo biopsicosocial correcto de los hijos. Las características físicas y psicosociales serán resultado del juego entre los factores motivantes y desmotivantes proporcionados por los padres, la familia y la sociedad que provocan la reacción individual, personal, la cual puede ser represión de algunas características, exaltación de otras, desviación de algunas y con todas la integración de la personalidad, la adecuación o adaptación al medio.

Pero es evidente que aquellas parejas capaces de integrarse en un matrimonio saludable sientan las bases de la puericultura adecuada y favorecen el crecimiento y desarrollo infantiles si conocen los principios en que se basa y adoptan actitudes motivantes.

La planificación correcta de la familia, de acuerdo con las características biológicas de la gestación, la atención perinatal profesional oportuna, la vigilancia del crecimiento y desarrollo del niño, el establecimiento de pautas de nutrición eficaces, de prevención de enfermedades, de promoción de la socialización del niño, son aspectos fundamentales por atender. Aquí la ayuda del médico familiar y del pediatra resulta trascendente como educador e instructor y consejero.

Numerosos estudios demuestran que el crecimiento intrauterino se reduce en los hijos de aquellas mujeres de baja talla, peso escaso, gran multiparidad, que gestan a edades no óptimas y que esas situaciones son mucho más frecuentes en los grupos de nivel socio-económico bajo (campesinos), de escolaridad mínima o nula y estado nutricional precario. Por ende, la frecuencia de nacidos de bajo peso, prematuros o pequeños para la edad gestacional es en ellos bastante mayor.

La carencia de atención profesional del embarazo y el parto anula las ventajas del conocimiento científico y perpetúa prácticas tradicionales que en muchos casos generan agresión al homigénito que deteriora su capacidad de crecimiento y desarrollo ulterior.

La alimentación al pecho por la que debe abogarse siempre, dadas las grandes ventajas nutricionales que representa para el niño en su crecimiento y desarrollo orgánico y afectivo emocional, frecuentemente es despreciada o desperdiciada, en unos casos por ignorancia, que impide su aplicación más adecuada, y en otros porque influyen en la decisión modas o necesidades creadas por una información que soslaya los innumerales beneficios de la alimentación natural al seno.

El desarrollo psíquico afectivo-emocional del niño se logra mejor y más completo si se encuentra en una

familia bien constituida, con adecuada relación entre sus miembros (padres, hermanos, parientes, convivientes) en cuanto al conocimiento, la comprensión y la práctica de su papel en la conformación y educación del niño.

En contrapunto existe la facilidad de distorsionar esta personalidad en formación por la mala integración o desintegración familiar, desconocimiento de los aspectos del desarrollo de la personalidad infantil, las características neuróticas de los padres o desquiciamiento.

Desajustes en la armonía matrimonial generados por hábitos y tradiciones en conflicto que causan falta de comprensión, insatisfacciones y tensión emocional creciente, lo mismo por la organización del hogar, la distribución del presupuesto, las relaciones con otros miembros de la familia, que por la obtención o no de la satisfacción sexual, inciden en los hijos trastornando su crecimiento por desorden en los horarios y las técnicas de alimentación, por descuido en la introducción de nutrientes o por el clima emocional inadecuado que rodea este proceso.

El pediatra está acostumbrado a tratar distorsiones del crecimiento, por ejemplo desnutrición u obesidad, en cuyo sustrato se reconocen algunas de las situaciones comentadas. También trastornos del sueño, apatía, o angustia que inciden en el crecimiento y desarrollo infantiles y que se acompañan de expresiones como chupeteo del pulgar, enuresis, geofagia, neurodermatitis y otras.

La sociedad ha delegado en la mujer la mayor responsabilidad en la promoción del crecimiento y desarrollo de los hijos, pero los cambios constantes implícitos en la evolución han modificado diversos aspectos del asunto, lo mismo en cuanto a conceptos y criterios inherentes a la convivencia familiar que otros en la relación de la mujer con la sociedad. Así, por ejemplo, la incorporación de la mujer al trabajo productivo, su llamada "liberación" a través de más amplia socialización, propicia un mejor equilibrio emocional de los cónyuges al ampliarse su conocimiento recíproco, contar con iguales responsabilidades y oportunidades de satisfacción personal plena, pero cambia necesariamente la distribución del trabajo hogareño y así, por ejemplo, para la vigilancia y cuidado de los niños, la educación de los hijos, ha de confiarse en otras personas en el hogar, o en sistemas educativos complementarios como las guarderías o jardines de niños.

Acercas de ellos, las experiencias lo mismo en países socialistas que en los *kibbutz* israelíes⁶ subrayan el efecto benéfico sobre la madre que se desarrolla mejor, se realiza como individuo, es más comprendida y respetada en sus derechos y en la importancia de sus

ocupaciones. Por otro lado se favorece que el tiempo de contacto directo con los hijos y el hogar, por ser menor, resulte más grato y deseado.

Así mismo, la ayuda que representa para las madres la vigilancia de sus hijos en su alimentación, en sus inmunizaciones, en su crecimiento y desarrollo, en su socialización, resulta un proceso complementario de la educación materna, ya que así aprende más sobre la ciencia y la técnica de estos asuntos y avanza su proceso de culturización.

En nuestra cultura mexicana⁷ no puede soslayarse el problema que implica el cambio en la vida sexual de la mujer, ya que han sido antagónicos la satisfacción genital y la procreativa y la mujer poco satisfecha y realizada en su conducta genital compensa vicariamente la falta de seguridad y apoyo que debiera obtener del compañero por una maternidad exuberante y prolífica, transfiriendo al hijo la protección y apoyo que ella no recibe. En las clases media alta y alta, transculturadas, la satisfacción en niveles de expresión genital es particularmente óptima y la participación de la mujer en instrumentos de cultura es cada vez mayor.

Las limitaciones de la función procreativa, la interferencia del embarazo en la vida social y cultural de la mujer, la lactancia exigua, el abandono temprano de los hijos, están transformando en algo precario y limitado la vida procreativa de la mujer.

Con referencia a la familia de hace 50 ó 100 años, la mujer de la actualidad tiene que distribuir su tiempo entre trabajo, actividades sociales y culturales y los hijos. El riesgo es que éstos tengan insuficiente afecto, escaso contacto emocional con sus progenitores y se reduzca la vida familiar. Es obligación de la sociedad favorecer un equilibrio justo que propicie las ventajas de contar con una madre más realizada, un mejor matrimonio en beneficio de la familia y de su función fundamental, la generación y desarrollo de los hijos saludables.

REFERENCIAS

1. Ramos Galván, R.: *Somatometría pediátrica*. Arch. Invest. Méd. (Méx.) 6(Supl. 1):377, 1975.
2. Fromm, E.: *Humanismo y psicoanálisis*. México.
3. Breckenridge, M. E., y Murphy, M. N.: *Crecimiento y desarrollo del niño*, 8a. ed. México, Ed. Interamericana. 1973.
4. Granboud, M.: *Man's food, its rhyme or reason*. Nueva York McMillan Co. 1943.
5. Ramírez, S.: *Infancia es destino*. México, Siglo XXI Ed., S. A. 1975.
6. Goldy, R., y Mader, M.: *El kibutz*. Buenos Aires, Ed. Histadrut. 1973.
7. Ramírez, S.: *El mexicano. Psicología de sus motivaciones*. México, Ed. Pax.

V TRADICIONES Y NUEVAS TENDENCIAS

RUBÉN VASCONCELOS

No obstante la probabilidad de que la agrupación de los seres humanos para fines de convivencia y reproducción en sus variadas formas, sean tan antiguas como la especie, fue hasta 1861 cuando se las considera institución social, en el libro *El derecho materno*, del antropólogo suizo Juan Jacobo Bachofen.¹ Esa obra fue el primer estudio científico sobre dichas agrupaciones y su tesis, aceptada unánimemente después de algunas discusiones, fue la de que las mujeres, antes que los hombres tuvieron, en la historia humana, el papel preponderante en la organización de dichos grupos, mucho más tarde llamados "familia".

Después de Bachofen es importante Lewis Henry Morgan,² quien estudió los sistemas de parentesco entre los indios iroqueses de las regiones boscosas del oriente norteamericano preeuropeo; extendió sus pesquisas al sureste de los Estados Unidos de América, al Canadá, la India y Australia, en busca de posibles líneas de emigración y halló afinidades indudables en las costumbres parentales en poblaciones tan separadas. Así, Morgan pudo establecer con certeza su teoría de evolución social fundada en el parentesco, dando a este término el sentido de: relaciones humanas derivadas de la unión sexual y la descendencia. Además, avizoró las relaciones existentes entre las formas de propiedad y la evolución social y cultural de los grupos humanos; esta opinión resultó afín con las ideas expuestas por Marx cuarenta años antes y esta coincidencia dio lugar al gran interés de Federico Engels³ por incorporar los estudios de Morgan en su libro *El origen de la familia, la propiedad y el estado*, publicado en 1884, un año después de la muerte de Marx, para cumplir, como dijo Engels, una disposición testamentaria de su amigo, quien había deseado examinar el trabajo de Morgan.

Lo asentado por el antropólogo y las proposiciones de Engels se pueden resumir diciendo que los grupos humanos con características de "familia" fueron modelados a partir de la manera como esos grupos establecían los orígenes, linaje y reglas a seguir por sus miembros para realizar la unión sexual y la reproducción socialmente válidas.

En los registros comprobables aparecieron como los más antiguos núcleos sociales, grupos de hombres y mujeres en comunidad sexual, sin reparos por la total liberalidad de la unión indiscriminada entre ellos. Sin embargo, con el tiempo, esos grupos se fueron restringiendo con criterio exogámico, es decir, no debía haber lazos de consanguinidad entre el grupo de

hombres y el de mujeres que se unían, pero tanto ellos como ellas podían ser, y con frecuencia lo eran, hermanos y hermanas entre sí.

Más adelante rigió el mismo principio exogámico para los hijos de esas comunidades progenitoras; cuando hijos e hijas llegaban a la madurez sexual, se separaban en comunidades sexuales diferentes, todas ellas exogámicas. Morgan las llamó el matrimonio sindiásmico; en él era característica la certeza sólo de la maternidad, lo que se conservó hasta los tiempos romanos, cuando se expresó diciendo *Mater semper certa est*; para todos es evidente quién es la madre de cada quien, en cambio, cuando cada "marido" podía ser el padre del hijo de cualesquiera de las mujeres, todos eran padres de todos los hijos de ellas, pero ninguno podía exhibir los "propios". Por eso, la figura masculina para los hijos de cada mujer era el hermano de ella, su consanguíneo más próximo; era el tío materno quien ejercía la autoridad masculina ante los hijos de su hermana. En cambio, aun cuando las hermanas de la madre eran llamadas también madres por todos los hijos, no había en ello idénticos contenidos emocionales y sociales.

Eso significó, para Bachofen, que en esas sociedades regía lo que él llamó "el derecho materno", es decir, eran las mujeres quienes poseían y administraban los bienes de aquellos hogares colectivos; decidían la distribución de alimentos y vestidos, aplicaban sanciones a los hombres que no cumplían con sus aportaciones o violaban los códigos sociales del grupo.

Esas costumbres serían la objetivación de los mitos antiguos: la deificación de la mujer en la figura de la Diosa Madre, como lo fueron Isis en Egipto y Artemisa de Efeso, cuyo templo fue una de las maravillas del mundo antiguo, en donde existió una estatua de la diosa en una representación simbólica de su fecundidad y poder nutricional, la *Artemisa multi-mania*.

Esa figura simbólica y una abundante iconografía sobre Isis han sido motivo de investigaciones en varios países europeos, particularmente en Francia, en donde Baltrusaitis⁴ las ha reunido en *La Quête d'Isis*.

El código de Hammurabi estableció reglas favorables para las mujeres sobre el matrimonio, la dote y la herencia. Heródoto afirmó que en Egipto, al contrario que en Grecia, hubo reinas; las mujeres tenían propiedades y participaban en actividades públicas y culturales; en suma, tenían posiciones dominantes. Pero si en Atenas las mujeres tenían posición inferior, en Esparta eran fuertes y respetadas; en plan de igualdad con los hombres participaban en la política y los deportes.

¿Cómo giraron las cosas hacia el dominio masculino?

Las tribus pequeñas, en sus principios, fueron tal vez simples hordas nómadas, sometidas a eventos innumerables hasta que, con el aumento numérico y el avance en los conocimientos, llegaron a la época de la agricultura y el pastoreo, lo cual coincide con la aparición de lo económico, lo cultural y lo social, es decir, la organización; la horda desapareció al estructurarse paulatinamente los grupos de comunidad sexual antes citados, que muy probablemente fueron, además, unidades económicas de esas familias colectivas, y establecieron paso a paso la distribución del trabajo y la diversificación de las actividades a fin de satisfacer todas sus necesidades. Pero en la medida en que los hombres fueron logrando más organización en sus tareas fuera del hogar (la caza, la pesca, el intercambio de productos o la guerra) fueron desplazando el centro de gravedad de la estructura social, hasta llegar al punto en que para efectos de defensa o de ataque, o invasión, la tribu dependió de un jefe y éste organizó grupos de subalternos. Se estableció así la preeminencia masculina en lo social, lo económico y lo bélico; de ahí pasó a la intimidad de la familia y los hombres dejaron de estar sujetos a la voluntad y a la dirección de las mujeres; moría el derecho materno y se delineó la familia patriarcal.

El guerrero victorioso o el comerciante, prósperos por sus correrías, se hacían de esclavos y esclavas, prisioneros vencidos o comprados y los incorporaron en sus pertenencias. Este sentido de propiedad alcanzó también al grupo familiar y favoreció la tendencia a la exclusividad sexual de la mujer, pues a menudo un guerrero vencedor no quería compartir con nadie los favores sexuales de su prisionera. Tampoco los ricos propietarios que hubieran comprado alguna esclava encontraban justificado que ella pasara a la propiedad común. En suma, el principio de la propiedad individual o propiedad privada se afirmó, o encontró uno de sus orígenes en el deseo de exclusividad sexual y ésta dio lugar a la monogamia, con la salvedad de que se estableció sólo para la mujer, o sea, se modificó la poligamia hacia la poliginia, pudiendo estar todas las mujeres en la misma jerarquía de concubinas o una como esposa principal y las otras como siervas. En todo caso desapareció la duda, aunque nunca hubiera evidencia, de que los hijos de alguna mujer eran los hijos del marido o dueño de esa mujer, principio básico del parentesco patrilineal, base del "derecho paterno"; en el Lacio se legalizó esa situación cuando se llamó "familia" al grupo de *famulus* o siervos de un *pater* determinado y pronto, bajo la influencia del griego, el *pater* latino hizo explícito su poder con un sufijo y se convirtió en el patriarca, el padre poderoso, señor de la *patria potestas*, nuestra patria potestad. Roma, cuna de muchas leyes, aprobó

este principio: *Familia id est patrimonium*, o sea que la familia formaba parte de la herencia de un hombre. Por eso, Marx afirmó que "la familia moderna contiene en germen no sólo la esclavitud, también la servidumbre".⁶ Mucho se discuten las ideas y las proposiciones marxistas, pero en nuestro caso hay evidencias de que el poderío patriarcal creó, con la pareja monogámica la excesiva autoridad masculina y sus abusos, el primero y más claro, en los principios del patriarcado, la obligatoria monogamia sólo para la mujer mientras la poliginia permanecía en las costumbres y en las leyes, puesto que, si bien las esclavas eran siervas de la esposa, eran también su *alter ego* en el lecho del esposo. En cambio, la infidelidad femenina fue castigada cruelmente; ponía en peligro la paternidad del esposo y la legitimidad de la herencia, derecho del marido y padre, dueño de los bienes, la mujer incluida.

La poligamia en algunos países orientales y en el México prehispánico^{7a} revela claramente el origen económico de esa forma de envilecimiento de la mujer; en efecto, el serrallo fue privilegio de los ricos y de los grandes; en los mismos países los pobres fueron monógamos.

De todos esos hechos, Engels concluyó en que para establecer la equidad entre hombres y mujeres, en cuanto a deberes y derechos matrimoniales y en general, la igualdad social, era necesaria, como condición primera, la igualdad económica de la mujer.

En su evolución, la familia patriarcal fue eliminando las más groseras desigualdades entre los cónyuges, proceso largo y lento que, en general, ha avanzado en forma desigual en los distintos países debido a las diferencias culturales, de país a país y en cada uno, pues en todos es posible encontrar grandes diferencias en la estructura, la organización, funciones y características de la familia. Aquí, como en todo fenómeno biológico o social, la gran diversidad bajo un mismo patrón parece ser la regla.

En la actualidad es comúnmente aceptado que la familia es un grupo que habita un hogar, sitio cuya antigüedad mítica e histórica ha investigado acuciosamente Levy-Strauss.⁸ Las implicaciones culturales de esta asociación desbordan nuestro tema y sólo se menciona su existencia para agregar que ambos, familia y hogar pueden tomar varias formas; la usual en las sociedades agrarias fue la familia corporativa, en la cual varias parejas progenitoras, a veces de generaciones sucesivas, vivieron juntas y formaron unidades de producción campesina; lo mismo se observó entre los grupos artesanales.

La familia extensa, frecuente todavía en áreas rurales, está formada por los abuelos, sus hijos e hijas solteros y casados y los hijos de éstos.

La familia nuclear es la formada por una pareja sexual y su descendencia y se la considera forma típica de la familia urbana contemporánea, sujeta a una serie de cambios e innovaciones producidos por la evolución social, sobre todo en la presente centuria.

Fueron primero los países socialistas los que debieron plantear modificaciones significativas en la familia patriarcal; pero tal vez sea el *kibbutz* israelí⁹ el experimento social mejor desarrollado y estudiado, relativo a propiedades colectivas rurales en las que las familias aceptaron poner en práctica formas nuevas para sus actividades, organización y desarrollo, simultáneamente con los cambios políticos, económicos y culturales del pueblo hebreo, a partir de 1951.

A la familia, en cualesquiera de sus formas, se le han atribuido las siguientes funciones, cada una de las cuales tiene gran polimorfismo.

La seguridad psíquica, que se inicia y se mantiene por el compañerismo de los progenitores, base de la igualdad y la armonía en la distribución de actividades, con valores idénticos para lo femenino y lo masculino. Cuando estos principios no se respetan, falla la seguridad psíquica de todos los miembros del grupo, precisamente lo que ha venido sucediendo en la familia patriarcal, cuando es sojuzgada a la autoridad arbitraria de un "jefe" egoísta y brutal. Desaparece así mismo la seguridad psíquica cuando la madre posesiva, autoritaria e insegura, impide la expresión libre de las ideas y emociones de los hijos y aun del esposo, o bien cuando ambos cónyuges, impotentes ante sus contradicciones, manifiestan en su conducta las desavenencias o antagonismos que los separan.

La satisfacción sexual, siempre y cuando no se pierda de vista la gran variabilidad que implica este concepto frente a la igualmente compleja variación en las costumbres, los deseos, los ideales o los prejuicios que los miembros de cada pareja sexual puedan tener. De ahí que la sexualidad y su correlativa, la genitalidad, sean el punto central, tanto para la persona como para la sociedad, del cual parten y en donde convergen muchas de las incógnitas que nublan el panorama familiar.

La seguridad física, o sea el alojamiento, la alimentación, el vestido, los cuidados en la enfermedad o la vejez; son todos factores susceptibles a los cambios en la estructura económica de la sociedad, de donde los vaivenes observados en los países en donde la familia patriarcal se vio profundamente alterada al desaparecer el poder económico del padre y quedar en su lugar la igualdad de los cónyuges establecida por gobiernos comunitarios o colectivistas (Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, China, Israel, Cuba).

Las llamadas funciones sociales de la familia han estado sujetas, lo mismo en los pueblos primitivos que

en las sociedades contemporáneas, a cambios constantes y muy variados, como lo describe en sus investigaciones Margaret Mead.⁸ De esas funciones son básicas:

La procreación, sujeta en nuestros días a interminables controversias originadas en criterios divergentes, lo mismo en lo social que en lo económico, lo ecológico y lo religioso. La turbulencia que tales desacuerdos han provocado es, sin duda, uno de los fenómenos que dan a nuestra época su carácter confuso y crítico.

La socialización de la prole, o sea la formación de sus caracteres, costumbres y tablas de valores, en cuyas funciones puede verse desde un extremo conservadurismo, irracional y obstructivo a la emergencia de las nuevas personalidades, hasta el punto opuesto, el de una liberalidad o permisividad irresponsables que lleva a los jóvenes a la confusión y al desvío, hacia las llamadas subculturas de lo heterodoxo, desde la banalidad, hasta la mayor oposición, la de la "anticultura".

Contribución a la economía. En este rubro se observa algo muy significativo por su correlación con los cambios sociales; la familia productora y reguladora de una economía de producción, sobre todo primaria, ha dejado su lugar a la familia consumista, dependiente de la gran producción, compradora lo mismo de bienes superfluos que de servicios innecesarios que ofrece nuestra sociedad de consumo.

La conservación y transmisión de las costumbres, mediante lo que los psicólogos llaman la introyección de las figuras significativas, cambiantes en función de nuevos valores; la urbanización progresiva, aglomerante, la industrialización y la burocratización han sido los fenómenos que han modificado desde la alimentación sencilla y sana, hasta el cuidado primario de los enfermos. En algunos lugares esos trueques han ido demasiado lejos, o han acentuado los aspectos negativos de la relación familiar, de modo que en vez del apoyo físico o psíquico se ha llegado a la desinformación mutua entre los familiares, a la opresión de unos sobre otros hasta deformar la personalidad o imponer patrones contrarios a las inclinaciones legítimas del individuo. Por eso, psicólogos como David Cooper⁹ afirman que la familia patriarcal de la sociedad capitalista ya no guía a sus miembros para la vida colectiva, sino para someterse a dicha sociedad; y puesto que el verdadero problema es "ser", esa familia a menudo tiende a crear papeles estereotipados en vez de favorecer el florecimiento de seres sanos en lo mental y lo corporal.

El propio Cooper afirmó, en un exceso crítico, que la típica familia patriarcal ha muerto, lo que es tan subjetivo como apasionado y sujeto a refutación, como se comprueba ante la objetiva y abundante información de Margaret Mead sobre la familia estado-

unidense.¹⁰ Se puede afirmar que el hombre nunca ha sido, ni será, un ser solitario; ha sido y será miembro de la sociedad humana, carácter de la especie, manifiesto desde su remoto pasado como lo prueba reciente hallazgo.

El 24 de noviembre de 1974, en una arenosa colina cerca del río Awash, en el norte de Etiopía, Donald C. Johanson,¹¹ encontró casi la mitad de un esqueleto de homínido adulto femenino, de corta estatura, a quien con humor muy estadounidense se le llamó *Lucy* por la canción *beale* que se escuchaba en el campamento cuando se conoció el descubrimiento; a sugerencia de un miembro etíope del grupo se le llamó también *Denekesh*, que en este idioma significa "eres hermosa".

Al terminar la temporada de exploraciones se habían reunido restos fósiles de cinco o siete individuos, la mujer, otros adultos y dos niños, uno de ellos de tres años de edad. Se determinó la antigüedad de ellos en tres millones de años, por lo que son los más antiguos hasta hoy conocidos.

Su muerte fue simultánea. Los huesos de sus manos mostraron signos del uso de herramientas y de marcha bípeda.

La geología del sitio, con capas de ribera lacustre y sedimentos fluviales, sugirió la ocurrencia de una súbita avenida que sepultó al grupo mientras dormía.

No pareció adecuado a los descubridores el uso del término "familia" para este grupo de homínidos primevales; sin embargo, afirman que se trata de la más antigua unidad coherente de adultos y niños, muertos y sepultados simultáneamente.

Es posible que si otra catástrofe sepultara a buena parte de los humanos, al cabo de los tiempos habrían de hallarse otra vez restos de hombres, mujeres y niños que hubieran vivido y muerto juntos.

REFERENCIAS

1. Cit. en: Engels, F.: *El origen de la familia, la propiedad y el estado*, 4a. ed. Buenos Aires, Ed. Claridad. 1976, p. 9.
2. *Ibid.*, p. 18.
3. Ref. 1, pp. 1 y 16.
4. Baltrusaitis, J.: *Essai sur la légende d'un mythe. La Quête d'Isis. Conclusion, illustrations*. Med. de France. No. 188, 1968, p. 25.
5. Ref. 1, p. 64.
- 5a. Ramos, P.: *Aspectos sociomédicos de la planificación familiar*. GAC. MÉD. MÉX. 107:12, 1974.
6. Levy-Strauss, C.: *L'homme nouveau*. París, Ed. Plinio. 1971, p. 13.
7. Melford, E.: *Spiro 5. The kibbutz as a communal society. II. Kibbutz, venture in utopia*, 2a. ed. Nueva York, Schocken Books. 1971, p. 110.
8. Mead, M.: *Male and female*, 8a. ed. Londres, Penguin Books, 1976, p. 357.
9. Cooper, D.: *La muerte de la familia*, 3a. ed. Buenos Aires, Ed. Paidós. 1974, p. 9.
10. Mead, M.: *The two sexes in contemporary America*. Cit. en 8, p. 229.
11. Johanson, D. C.: *Ethiopia yields first "family" of early man*. Nat. Geog. Mag. 150:790, 1976.